

SUMARIO

El 2 de Noviembre, por C. Solsona.—La evolución de la crítica, por Clarín (Leopoldo Alas).—Síntomas y Flores de cielo (doloras), por Campoamor.—Pelotaris célebres, por A. Peña y Gofí.—De sede el Boulevard, por R. Blasco.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Viena.—Roma.—Nueva-York.—Un aparejo redondo, por M. M. de Santa Ana.—Justicia seca, por Eduardo del Palacio.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.

EL 2 DE NOVIEMBRE

En la fiesta de todos los Santos rezamos a los que están en el cielo, por los que vivimos en la tierra.

La fiesta de hoy es para los muertos; porque no se reza más que para ellos.

Hoy, por lo mismo, rezamos para las almas del purgatorio, para aquellas que con muchos amén llegan al cielo: ó mejor dicho, los rezos obran y se aplican hoy por estas almas; y porque no sabemos cuáles sean ellas, manda la Iglesia que se rece por todas.

La tradición piadosa nos lleva estos días al cementerio, pero en el cementerio no hay nadie. Nuestros muertos no están allí. Aquellos nichos y aquellas tumbas son como el guardarropa de los que se fueron. Pasaron, pero ya no están. El cementerio conserva las cenizas, pero no el ser; conserva lo que nos envuelve en la vida orgánica, lo que nos abriga el esqueleto y el esqueleto mismo, lo que muere, lo que se pudre, lo que se disuelve; lo que reclaman tanto la tierra que lo produjo, como los que se quedan en este mundo, porque de estas transformaciones de la materia, viven. Por eso el cementerio parece una ciudad abandonada, un inmenso nido sin pájaros, porque volaron las almas a otros mundos, a otras latitudes ó a otros infiernos.

Dice un publicista francés que cuando mira sobre las tumbas las fechas de los que murieron hace veinticuatro horas y hace cien años, sueña con aquel momento en el que todos seremos contemporáneos.

¿Y qué día, qué momento será aquel para todos?

Para los incrédulos, el día en que acaben de morir todos los vivos.

Para los creyentes, para nosotros, el momento en que acaben de resucitar todos los muertos.

La muerte no es más que un cambio de figura.—Si cuando el hombre nace tiene alguna conciencia de lo que sufre, y alguna debe tener porque nace rabiando, el hombre pensará que se muere, y pensando que agoniza, está naciendo.

El primer paso que se da en el camino de la vida es el primer paso que se da en el camino de la muerte, porque el camino es el mismo. Si no se naciera más que para morir y no se muriese más que para acabar la vida, ¡qué infucunda, qué estéril sería la creación entera!

La vida subsiste más allá de la tumba. ¿Qué vida será ella?—Otra distinta.—¿Cuál?—¿Quién lo sabe!—Donde empiezan las sombras empieza la fé. Y yo no razono mi fé, sino que la siento, y con sentirla me basta, porque sintiéndola, creo.

En la tierra dejamos primero las ilusiones, después los engaños y después la piel. Debe ser muy estrecho este camino de la vida cuando solo pasa el espíritu sin dejar algo entre las zarzas. Y poco ha de valer esta envoltura humana cuando después de muertos tan poco tiempo subsiste por sí misma.

Y si no contemplada desde lo alto.

A los trescientos metros del viaje ascendente, y desde la barquilla del globo, la capital parece un pueblo, el palacio una casa de carton, el carruaje un naipe doblado sobre otro que le sirve de asiento, y el hombre una figura miserable. Si no palpita dentro el pensamiento, si no lo animasen las ideas, y no hubiera un alma en aquel cuerpo, la obra más acabada del universo sería una combinación química, cuanto más casual más imperfecta.

Y nada más triste para quien así piense, que la estancia en el cementerio; que al mismo tiempo y cuanto más se prolonga se hace más atractivamente melancólica para quien espera y confía.

El respeto que nos imponen los muertos tiene algo del terror que debe sentir el que contempla una cosa ajena y se siente hacia su posesión atraído ó solicitado. No los miramos porque no nos miremos, no les llamamos

porque no nos respondan, no los tocamos porque no nos sorprendan. Y es que hay algo igual en todos los delitos que nos produce la misma repulsió; y huimos de la profanación como huiríamos del robo.

No sé si ha hecho muchas cosas buenas la casa de Orleans, pero ha hecho una seguramente; que fué oponerse al embalsamamiento, á la profanación de todos sus cadáveres.

Si aquellos restos han de animarse, si todavía late el ser bajo la materia postrada, si algo queda después del último suspiro que confirme aquella sospecha de que las almas no abandonan á los cuerpos en los primeros días de la muerte, esa veneración á lo que se transforma para volver á la vida, es la demostración más elocuente de que no hay una sola ley en la naturaleza que sea ley de destrucción.

Quien destruye no es Dios. Quien destruye pasageramente es el hombre, que tampoco puede ni sabe destruir de otra manera.

Deliberadamente hay mucho ateo, pero espontáneamente ninguno. Quiero decir que la esperanza se pierde después de los desengaños, pero no antes.

La ciencia no disipa la fé. Cuando la fé se ha perdido la ciencia la devuelve. La impenitencia final no es patrimonio del saber, sino del orgullo. Cuando el hombre no quiere poner algo superior sobre sí mismo, es que quiere colocarse él mismo sobre todo. Como aquella manola de *La comedia de Maravillas*, que no sabiendo qué hacer contra los títulos, lo mejor que se le hubo de ocurrir era sentarse encima del baron y de la marquesa.

El epitafio es una protesta contra la idea de la muerte. El que lo escribe quiere que se sepa que hay alguien dentro del sepulcro. Y el que lo deja escrito es que teme que lo olviden después de muerto.

El desesperado Leopardi, que maldecía con tanto descreimiento su *Recanati abortito é inhabitabile*, esperaba en otra vida más allá de la muerte, y en otra vida mejor, y para que nadie la turbase dispuso que colocaran sobre su losa este mandato: «¿Dejadme en paz! Si no esperaba vivir después de muerto, ¿para qué la absoluta prohibición de que le rondasen la sepultura?»

Los amigos incrédulos de Rabelais deseaban que fuese al infierno para que allí hiciese morir de risa á todos los condenados. Y ellos mismos se reían con este deseo de su propia incredulidad.

Martínez de la Rosa cuidaba hasta de la buena reputación de las doncellas más allá de la muerte. Leed su epitafio:

Aquí yace una doncella,
y han borrado de labor...
¡Siempre es bueno hacer la vor!

Y no digo nada de aquel matrimonio que pretendió sermonear á su niña muerta desde los cristales del nicho, poniendo en letras de oro la siguiente inscripción:

MARIANITA!
Falleció á los cinco años de edad,
¡hija mía!
¡Qué pronto comenzaste á darnos disgustos!
TUS PADRES.

No hay duda menos justificada que la duda sobre la otra vida. No hay razón ni soberbia que extinga los sentimientos. Jamás el disimulo borró la pena, ni hubo quien suprimiendo la queja suprimiera el dolor. El que siente, cree; y el que dice que no cree, á mí me parece que no se ha enterado de lo que le pasa.

El respeto á los muertos como la memoria de ellos, constituyen un sentimiento creyente; é incrédulo del todo, yo creo que no lo es nadie que alguna vez se haya hecho una reflexión, ó que haya mirado á su conciencia en algún momento, ó conversado á solas con su razón sobre cualquier problema.

Y para concluir.
Nada me parece más natural que la concurrencia de los pecadores á las representaciones de *Don Juan Tenorio*. Este D. Juan, perjuro y blasfemo, burlador de maridos y secuestrador de novicias, espadachín, jugador y mujeriego de oficio, maldonado y condenado á los infiernos por el fallo de todas las justicias, acaba en la comedia por subir al cielo calzado y vestido mediante las súplicas de la fragil y desmayada Doña Inés. Por eso van á contemplar la escena los que están en pecado más grave ó más leve, en impiedad de primera ó de cuarta clase, en entredicho ó excomunión más ó menos patente; porque siempre es un consuelo para cualquier Don Juan del siglo XIX

confiar en las oraciones de la primera Doña Inés antojadiza y sensible que se deje enamorar en la acera de las Calatravas.

CONRADO SOLSONA.

1890

LA EVOLUCION DE LA CRITICA

I

Perdóneme el lector si comienzo renegando del nombre de este artículo, ó, por mejor parecer, tomándolo á broma.—Aunque, uno á uno, tengo obligación por cortesía, de considerar y suponer discretos de veras á todos los que leyeren, lo cierto es que á los periódicos literarios suelen acudir muchas de esas personas amigas del saber, y del saber pronto y sin gran trabajo,—hermosa ley económica,—y sobre todo del saber serio, completamente serio, y cuanto más trascendental mejor; y los tales no son, en mi humilde opinión, aunque tan serios, tan discretos que dejen de preferir los títulos que prometen mucho, y que huelen á estudio profundo y prolongado, de esos que requieren, para ser estudiados siquiera, la vida de un hombre. Este artículo no es producto, como el *Espíritu de las Leyes* de Montesquien, por ejemplo, de las vigiliadas, reflexiones y observaciones de veinte años; es poco más que una improvisación, un montón de notas, nacidas como por *sugestión*, con motivo de la lectura de varios documentos que van citados más adelante, y del recuerdo de otros análogos, leídos hace tiempo y que no tengo á la vista. Autores mucho más formales que yo no vacilan, dentro y fuera de España, en encabezar obras no mucho más completas ni de mucho más difícil desempeño que la presente con títulos no menos preñados de promesas; y con la misma palabra que dá tono y falsa importancia al título de mis notas, se ha hecho parir muchos ratones á los más altos Himalayas. (1)

La evolución, en efecto, ha sido estudiada en muchos de sus aspectos y aplicaciones; se la ha traído y llevado por todas partes, cogida por todos sus miembros y hasta por los cabellos; lo único que no creo que se haya estudiado es la evolución en su aspecto cómico. Lo cómico de la evolución no está en ella, sino en los que hablan de ella á troche y moche, sin saber con toda exactitud en qué consiste, cuales son sus leyes y si éstas se cumplen con tanta fidelidad como suponen los Spencer, los Hackel y tantos otros. Podrá suceder que al fin y al cabo, cuando los hombres sepan todavía mucho más que ahora, que ya saben tanto según ellos, y se hayan descubierto medios de comunicación que dejen tamañitos al telégrafo y al teléfono y al vapor y todas las aplicaciones de la electricidad al transporte de grandes pesos, se descubra también que no hay tal evolución, ó por lo menos que no es ni con mucho como nos la habíamos figurado; pero esto que podrá sonrojarse á ciertos sabios, dejará tan frescos á los que hablando sin cesar de la evolución no se la hubieran figurado de ninguna manera. Para los de esta clase es para los que he dado á mi artículo el título que lleva; mas no porque yo tenga pretensiones de burlarme del evolucionismo, ni mucho menos de profanarlo, dándole por sabido y bien sabido, y metiéndolo, quieras que no, en el molde de mis particulares opiniones acerca de los cambios de la crítica que es de lo que ahora se trata, y como debiera llamarse el artículo.

Uno de los rasgos que caracterizan lo que solemos llamar el espíritu moderno, es la irreverencia. Lo que pierda esta palabra, al aplicarla en el sentido que quiero darle, de precisión y acoso de exactitud, lo gana de valor sintético, porque abraza multitud de índices de la misma idea y del mismo sentimiento. Hace falta, para entender bien mi concepto de la irreverencia, según aquí conviene tomar el vocablo á mala parte exclusivamente, y para creer que se ha tomado en un sentido indiferente, neutral, basta con pensar que no siempre lo que se ha reverenciado ha sido digno de que se reverenciase.

Por eso podría buscarse en tal sen-

(1) Escrito lo anterior, recuerdo que la introducción de una crítica científica del malo grado Henuquin, lleva precisamente el mismo título que este artículo. No necesito advertir que no aludo en el texto al artículo francés que ya no vive y que tanto brometia.

timiento y tendencia del pensar y de la voluntad de los modernos el origen de muchos de los adelantos más positivos, y de otros por sí más dudosos; ó de nebulosas menos definible, que no suponen menos esfuerzos ni menos grandes y nobles energías. Mas, para muchos, la irreverencia, como quiera que sea, siempre revela alguna cualidad poco sensible en el irreverente. Tal vez otros sientan bien; tal vez sean más delicados que los demás por las impresiones morales; pero no hay que seguirlos, á lo menos por ahora, en tales delicadezas; hay que estudiar aquí la irreverencia como estudian ó curan el cuerpo vivo ó muerto el fisiólogo ó el cirujano; prescindiendo del dolor.

¿De dónde le viene este carácter distintivo á nuestro tiempo? ¿Porque somos irreverentes?

Aplicando uno de los procedimientos que Stuart Mill cree seguros para la inducción, recuérdese, si en los tiempos anteriores, de que la historia sabe algo, hay alguno que presente igual fenómeno general, existente. No, no hay ninguno; las irreverencias de que nos habla la historia siempre fueron parciales, de particular responsabilidad, no con espíritu general, y sobre todo no se refirieron al elemento de idealidad reflexiva á que se refiere principalmente la irreverencia de nuestra civilización moderna. Ante todo no hay que confundir la rebelión ni la protesta con la irreverencia. El mito satánico es de rebeldía, el de Cain también, por más que en los poetas irreverentes contemporáneos, este tipo, tantas veces removido y considerado, se transforma, se le acerca á Prometeo, también algo trasfigurado en el sentido de la irreverencia. Aquiles es franca y llanamente símbolo de irreverencia, como lo es en su día el Cid, tal como aparece en cierta leyenda poética, como se lo figuran y pintan los poetas modernos y los estéticos y críticos: ejemplos, el Cid de Víctor Hugo y el Cid de Hegel. También puede verse un irreverentismo parcial en el trabajo de elegante corrupción intelectual de los sofistas griegos; y á su modo la vida cristiana, al vencer en Occidente, supone en algunos de sus elementos, el lado de otras muchas energías de acción y de pasión, algunas sublimes, cierta irreverencia respecto del mundo antiguo. Este último ejemplo es el que más se acerca por sus caracteres de genialidad y por la índole de su causa, á lo que se observa en nuestros tiempos. No en Jesús, pero sí ya en algunos de los Apóstoles, en San Pablo, con más claridad y fuerza que en todos, puede verse esa nota de irreverencia, que raya en desprecio, hace tabla rasa de toda tradición espiritual de la vida humana, y pretende una transformación completa, como si fuese el mundo obra de los hombres, y ellos pudieran borrar lo vivido y empezar de nuevo. La causa principal de este desprecio, de este ánimo irreverente está en la esperanza de la vida eterna, en la oposición radical de la obra histórica humana, que se da por perdida sin remedio, y la obra de la Gracia, la obra del Redentor, que ha de volver para implantar el reino de Dios en la plenitud de los tiempos. En la vida moderna, como se verá en adelante más detenidamente, la causa principal del desden, ó mejor, sin buscar sinonimias lejanas siquiera, de la irreverencia, no está en una oposición radical, absoluta de tiempos á tiempos, sino en la idea del progreso, providencial ó determinante, plan divino ó evolución ó casualidad absurda, con caracteres de civilización, para bien ó para mal, útil ó inútil, prueba del optimismo, ó ilusión última, sarcasmo supremo del pesimismo; pero progreso reconocido y sentido y confesado explícita ó implícitamente por casi todos; progreso aun para los que le niegan este nombre; pero en suma, cambio que supone desarrollo de facultades, perfeccionamiento de aptitudes, mediante el hábito, necesario aumento de relaciones cada día más complejas, y refinamiento de la vida en la mayor parte de sus funciones. Más estos señalados con las mismas semejanzas entre la revolución cristiana, respecto de la vida anterior de Occidente, y el moderno espíritu general respecto de todo tiempo ya vivido, por cercano que sea. Porque si en el cristianismo había, como ahora, una distinción de lo pasado á lo futuro, causa de la superioridad atribuida á la vida nueva, era esta diferencia revolucionaria, de carácter sobrenatural, influencia divina directa, y al fin, causa parcial histórica; para algunos hasta de raza privilegiada (Santiago), y toda la tendencia del cristianismo enemigos del prejuicio), mientras que la tendencia analoga de que se trata en el mundo moderno, no es patrimonio de una reli-

gion, ni partido social, ni escuela, ni raza, ni pueblo, ni se funda en un hecho determinado, en una palingenesia espiritual, sino que es implícito reconocimiento, casi universal de un movimiento casi uniforme, fata ó providencial, según las ideas de cada uno, pero evidente, que nos lleva al bien ó al mal, ó á lo indiferente, pero que nos lleva en complicación, que aumenta de fuerzas y habilidades. Aun los que opinan que el mundo corre á su perdición, afirman que nuestra cultura es refinada, que los adelantos materiales son evidentes, que se llegará á mucho más en el dominio de la naturaleza, en el descubrimiento y empleo de sus fuerzas y recursos, etc. A esto que, por ser el nombre más general y solo y por hombres discentido, puede llamarse el progreso á la fé en el progreso, se debe la causa de ese espíritu de irreverencia, no siempre reflexivo, como tampoco lo es la ciencia de esa fé en el adelanto. En efecto, en las demás épocas en que aun observamos esa tendencia á no reverenciar lo pasado tan generalizada ó influyente en la vida; tampoco vemos la idea del progreso, tal como en general se entiende y es universalmente admitida.

Concretándonos á la vida de libertad reflexiva, con aplicación á lo especulativo, para llegar cuanto antes á mi asunto particular, la crítica, y en esta á la de arte, y dentro de esta á la histórica, la mejor manera de comprobar lo afirmado, sería recordar como escriben y hablan y piensan, y con qué espíritu, aquellos mismos que representan lo tradicional, y el estancamiento.

El orgullo de ser modernos, de poseer la herencia acumulada de muchas generaciones de pensamiento y de experiencia, resaltan en aquellos mismos que reniegan de los pasos que da el mundo; es más, entre los escritores de esta clase puede encontrarse á los más paradójicos ó hiperbólicos, á los más atrevidos y desdenosos de la celebridad... contraria á sus ideas ó caprichos. Los Demaistre, los Veuillot (bajando tanto) los Valdegamas, los Barbey D'Aurevilly, jamás se mordieron la lengua para hacer tabla rasa de cuanto, existe (1) con gloriosa historia, si se oponía á su pensamiento, y este tono de superioridad, esta facilidad para diagnosticar contra lo más venerado y creído por otros no venia, ni vino á los pensadores de que trato, de la convicción fortísima de su doctrina, pero esta la tuvieron aun con superior firmeza, antiguos partidarios de las mismas ideas, que con más fé que ellos, no eran tan absolutos y extremados tan audaces y displicentes con los adversarios y menos debían al tiempo y á la fama una autoridad arraigada y admitida por muchos.

CLARIN

DOLORAS

(INÉDITAS)

SINTOMAS

Al ver hoy tan erguido,
al galán que vió ayer tan humillado,
el mundo ha conocido
que llegó para ella el bien perdido
llegando para él el bien logrado.

FLORES DE CIELO

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cria flores.

R. DE CAMPOAMOR.

PELOTARIS CÉLEBRES. (1)

ELICEGUI.

Escribo estas líneas el 19 de Setiembre de 1888, pocas horas después de haber asistido á una ceremonia que Vicente Elicegui no olvidará jamás. El famoso jugador de pelota acaba de ganar el partido más importante de toda su vida. ¡Se ha casado!

Su mano derecha, esa mano atlética, formidable, que convierte la cesta en un ariete y lanza la pelota con inaudito vigor, ha estrechado, trémula y nerviosa la de Felisa Arceche, preciosa criatura de veintinueve años.

Unidas ambas diestras, en firme y carnosa la una; fina, blanca y delicada la otra, se han apretado fuertemente. La ruda corteza del coloso, ha vibrado al contacto de aquel átomo de

(1) Véase de este último un irreverentísimo estudio acerca de los filósofos de las épocas moderna y contemporánea.

carne inmaculada, y los labios del pelotari han balbuceado un «Sí, señor» imperceptible, contestando á las preguntas del sacerdote.

Mardura, Samperio, el Vergarés, tres compañeros de Vicente, tan pronto amigos como adversarios en las luchas del fronton, seguían atentos los detalles del desposorio.

Mardura sonreía maliciosamente; su cuerpo puntiagudo que tiene en la plaza las ondulaciones y los dislocamientos de una lombriz, se mantenía erguido y seco como una esquina, mientras sus furtivas miradas á los concurrentes subrayaban un mundo de picarrescos comentarios.

Samperio el diplomático, el amigo fiel que ha llevado el peso de las negociaciones amorosas, estableciendo un puente entre las timideces de Elícegui y los pudores de la novia, asistía al acto solemne, con la seriedad satisfactoria de quien ha repicado en el sermón.

Y el Vergarés, grande, fornido, deslabazado, casado también él, desde hace cinco meses, abría unos ojos espantados, los pasaba aburridos por todas partes, y falso de asiento, se dejaba caer en el confesonario de la capilla, donde encallaba como un garrón.

Un cura joven, D. José Zapirain, amigo cariñoso de Vicente, se estreñaba en la administración del Sacramento. Otro sacerdote, ducho en la materia, amable é ilustrado, guiaba al oficiante, señalándole las oraciones que había de leer y dirigía la ceremonia con holguras de maestro consumado.

Amigos de los novios y parientes ocupaban sus lugares en la capilla, que una claridad opaca, producida por la niebla del exterior, envolvía en un ambiente de melancólico recogimiento.

Y frontero al altar se erguía en el grupo formado por los novios, el padrino, la madrina y un testigo pecador, la figura de Vicente Elícegui.

Qué diferencia en el breve trascurso de un año!

Aquel admirable ejemplar de la raza euskara, aquel atleta del sport guipuzcoano, con formas hercúleas de gladiador y cabeza chica de estatua griega, se había transformado enteramente.

Elícegui lucía un completo traje negro de pantalón, chaleco y chaqué; fina corbata blanca de raso se anudaba en el cuello de la camisa, un cuello alto, estirado, rígido, que le hacía tener la cabeza levantada, como en violenta opresión.

La estatura colosal del pelotari, sus atléticas formas se destacaban en el fondo gris de la capilla, como una columna de mículos y carne, cuyos estremecimientos se adivinaban á través de la vestidura.

Y encima de toda aquella materia, encima de aquel vigor físico imponente, descansaba una cara de niño, brillante una mirada cándida, inocente, infantil, iluminando con aureola de sencillez conmovedora al Hércules del fronton.

Cuando Elícegui apareció en Jai-alai, la figura del famoso pelotari oscureció á las de todos sus competidores.

Grande, inmenso, colosal, *bati en Hércules*, como dicen los franceses, su estatura convertía en pigmeos á cuantos le rodeaban y alzábale poderosa y absorbente, reveladora de fuerzas invencibles, de irresistibles empujes y de continuados triunfos.

Había en aquel torso marmóreo, en aquel biceps redondo, abultado y musculoso, duro como la piedra y blanco como la nieve, había en aquel pecho lescosomal, cuyas carnosidades amoninadas señalaban la línea de un seno femenino, había en aquella exhuberancia, en aquella prodigalidad de la naturaleza, tal carácter de vigor intrínseco, tal huella de fortaleza inconsciente, que no parecía sino que la materia había realizado un alarde orgulloso, una baladronada de potencia física, de empuje brutal.

Si, había mucho de brutal en el cuerpo de Elícegui, había esa manifestación de la fuerza innata, sin dirección ni método, que se esparce á borbotones, emancipada de la inteligencia, guiada tan solo por el instinto.

Pero la naturaleza, harta, sin duda, de la obra material, habíase refugiado en un detalle, para compensar, con las suavidades acumuladas allí, las asperezas de todo el conjunto.

El célebre pelotari mostraba, como contraste visible de su atlética conformación, una cabeza pequeña y redonda, hecha de una pieza como quien dice, y abundante en cabello rubio y rizado.

Su fisonomía imberbe, sus labios gruesos y mal unidos, algo caído el inferior, como signo de bondad y fortaleza, sus ojos azules, húmedos y entrecerrados, con rubores de doncella, y expresión mística de catecúmeno, la caración sonrosada de la faz, las vibraciones de una juventud sana y vigorosa, cuyos arrebatos se dulcificaban al contacto de innatas timideces, toda esa mezcla de hirviente sangre y de natural y adorable continencia, daba á la cara de Vicente Elícegui aires de San Luis de Gonzaga estampado en Epinal.

Entre el despilfarro de fuerzas de su cuerpo de gigante y las dulzuras de

una cara de niño sin pecar, existía contraste marcadísimo, y si el cuerpo se movía con las pesadeces de una mole, la fisonomía, en cambio, se destacaba siempre, como iluminada por un nimbo de mansedumbre y de bondad.

Tenia Elícegui muchos detractores. Aquellos á quienes las victorias del pelotari molestaban, aquellos que veían surgir de pronto una barredora de ídolos, hacían presa en la hercúlea constitución de Vicente, negándole todas las condiciones de entendimiento, de ingenio y de astucia que las luchas del fronton requieren, y, dando á la torpeza y á la ignorancia la parte de la nobleza y de la bondad, encerraban el valor del pelotari en el único y exclusivo poder de su imponderable brazo.

El brazo, y nada más que el brazo, la fuerza y nada más que la fuerza, la fuerza material, la fuerza brutal, que gana sin pelear y asombra sin convenecer; no veían otra cosa.

Para ellos, Elícegui era Milon de Crotona, Goliath ó Briareo; miraban al cuerpo, la cara pasaba inadvertida, aquella cara dulce y noble, destinada á encanar mañana los arrebatos de la materia y que traía á la mente como un dejo del *Giucatore di pallone* de Leopardi.

El pelotari se fué á Buenos Aires y volvió de allí á los ocho meses.

Era otro y era él mismo; lo habían barnizado, lo habían adornado, habían hecho de él un señorito.

La americana había reemplazado á la chaqueta, el sombrero á la boina. Elícegui lucía sortijas en los dedos, llevaba camisa con tirilla y corbata de uudo con alfiler de brillantes.

El mocton lampiño ostentaba ya barba flamenca, rizada y blanca como el cabello, que afinaba los labios y encuadraba la cara coquetamente, introduciendo en aquel semblante fino y sonrosado una especie de armonía viril.

Había más; el aldeano inculto que se resistía ayer á balbucear un castellano imposible, hablaba exótico idioma en el cual las contorsiones de una sintaxis desquiciada alternaban con sustantivos y adjetivos de pura cepa bonaerense, pronunciados con melosa entonación y acento un si es no es afinado.

Pero ese ropaje moderno venía ancho al famoso pelotari, no había hecho mella en lo interior.

El cuerpo se había enmascarado; no así el alma. El San Luis de Gonzaga de Epinal subsistía en toda su pureza y á través del sombrero, de los brillantes, de las tirillas y de la barba, la expresión dulce y tímida de los ojos elevaba su protesta, dando á entender que la inocencia y el candor ingéritos vestían todavía la boina y la chaqueta.

Así estaba Elícegui el día de su boda en la iglesia parroquial de Azpeitia, ante el altar, donde nació para siempre sus destinos á los de Felisa Arteché, la adorable niña, que manda hoy en el corazón del célebre pelotari.

Cuerpo de gigante y cara de niño; tal es el hombre y tal el jugador.

Por un lado el vigor material, avasallador, irresistible, por otro lado la timidez innata el candor infantil.

El arte de Elícegui se resume en dos palabras: fuerza y nobleza; fuerza y nobleza de un coloso de veintidos años, cuya grandeza desconoce los ardidés de la astucia, las sugerencias de la arteria, todo lo que representa, en fin, lo pequeño, aunque lo pequeño, en el fronton sea necesario á veces y á veces también indispensable.

Jugador delantero, valiente, decidido, enérgico y poderoso, la fuerza de su boleá es irresistible; cubre la plaza hasta los diez y once cuadros, y entra desde ellos al aire, con un aplomo y un vigor que asombran.

El revés, los sotamanos, las boleás altas y bajas, el sobrebrazo, las dos paredes, las cortadas, todo lo posee y todo lo domina.

Su vista encuentra la pelota en esos tremendos saques del Manco y de Portal que tienen la violencia de un disparo; y, como Beloqui, espera esos saques, entrando á la boleá en el cuarto cuadro, medio arrodillado en el suelo y con el brazo pegado á la pared.

Proteo de la pelota abarca todas sus dificultades; pero; ya lo he dicho, hace poco, el juego de Elícegui es refractario en general al arte de las escaramuzas, desconoce las sutilezas de la estrategia y se desarrolla siempre con grandeza, poderío y majestad, reñidas con el ardid y la travésura.

Ligerísimo de piernas, á pesar de su estatura extraordinaria, acude al sitio del compromiso con gran agilidad, se lanza temerario muchas veces á alcanzar pelotas que pone fuera de su cesta el adversario, y, tremendo, formidable, nunca cansado, siempre fresco y lleno de vigor, vence á todos, por poco equilibrada que esté la habilidad de los demás jugadores, con el poder de un brazo, que castiga la pelota despiadadamente, una y otra vez, con la desesperante insistencia, con el aplomo y la precisión automáticos de una máquina de carne y hueso.

Su juego es siempre grande, noble y elegante; la armonía del cuerpo se mantiene á despecho de las más violentas posturas; su busto se yergue en la boleá con la imponente grandeza de un titán y adaniera en las jugadas de

revés ondulaciones dignas del cincel de un Fidias.

Antes de encostar una pelota, la mano derecha gira en airoso semicírculo, hasta tocar con la punta de la ceta los dedos de la otra mano, y este movimiento pausado y regular imprime á todo el cuerpo elegancia y distinción notables.

Ni la fortuna le engríe, ni le descomponen los reveses; cuando gana calla, si pierde se resigna.

Desigual en ocasiones, como todos, es también jugador de arranques admirables, de terribles empujes, en los cuales, sin descomponerse el cuerpo, la fuerza se centuplica, la materia se crece, abre el regulador la máquina y lo barre todo, como un vendabal, como una inundación.

Nada puede dar idea en esos momentos de la grandeza de Vicente Elícegui, de la corrección que ostenta su juego en medio de su impetuosa arrematadora, de aquel conjunto de poder, de distinción y de nobleza, que no tiene pareja ni admite rival en los frontones.

El año pasado, jugaba un partido en Buenos Aires. Llevábanle gran ventaja los contrarios y en uno de esos arranques suyos, había logrado acortarla considerablemente.

Gruesas sumas se habían cruzado por uno y otro bando, la lucha se enardecía por momentos y le faltaban ya pocos tantos á Elícegui para igualar el partido, cuando de pronto, en las violentísimas peripecias, en el vertiginoso vaiven de un quince disputadísimo, Vicente estorbó á su adversario.

Pidió el estorbado jueces y levantáronse estos para juzgar el incidente; pero, adelantándose Elícegui á los árbitros declaró que había estorbado la pelota y no ganó, por ende, el tanto.

Una inmensa aclamación en que se unieron los que jugaban en pro y en contra del pelotari, resonó en la Cancha y premió aquel rasgo admirable de nobleza y de caballerosidad que retrata al gran jugador, de cuerpo entero.

Grande y noble en su juego, tímido y sencillo en su trato, tal es y será siempre el famoso pelotari.

Si sus compañeros no le vencen en el fronton, en cambio, fuera de él, lo dominan por completo, haciéndolo blanco preferente de todas las cuchufletas, porque su inmensa bondad lo perdona todo.

Mardura, Beloqui, Samperio, el Manco, todos juegan con él como con un niño, explotan su timidez, le lanzan acerados dardos que atacan á veces á creencias arraigadas, y el que un momento ántes era enemigo formidable que los arrollaba y vencía á todos, se convierte en el ser inocente y ruboroso, incapaz de adivinar la sátira, ni de echar á mala parte las bromas del compañero.

En cierta ocasión, sin embargo, cuentan que un pelotari de orden secundario hubo de amenazar á Elícegui y hasta hacer ademán de darle un golpe.

Elícegui cogió sencillamente al gozque por el cuerpo, lo levantó en alto, lo sacudió primero, lo balanceó dulcemente después, dirigiéndose á los que presenciaban la escena, y diciendo «¿A donde lo tiro?» lo volvió á dejar en el suelo, como quien deja una malleta.

Unido ya para siempre á una niña encantadora, Elícegui ha salido para Barcelona hoy mismo.

Hemos venido juntos desde Azpeitia hasta Zumarraga, juntos hemos recorrido el camino que serpentea entre los montes de Irímo, Elósa y Págocheta, con las cimas de Descarga al lado opuesto y las aguas del Úrola que corren mansas y pobres al pié de la carretera.

Mardura y Samperio han venido también y con ellos el padrino de la boda, unido á Elícegui por vínculos de amistad que la gratitud y el afecto del pelotari han hecho indestructibles.

Quien ha apadrinado el enlace de Elícegui con Felisa Arteché, lleva mis apellidos paterno y materno y es otro yo por parentesco y por cariño.

Por eso indudablemente me han atribuido los periódicos un papel que no he representado, me han hecho padrino de Vicente, cuando no he sido en realidad, sino testigo de su boda. Honrado con la solícita invitación del pelotari, admirador y amigo suyo, no conocía á Felisa Arteché, no conocía á aquella cuya mano estreché por vez primera, momentos antes de verla unida para siempre á la del gran jugador.

A Felisa Arteché dedico, pues, este trabajo. Ella que es todo bondad, todo candor, no verá en mí pobre obsequio el regalo del testigo, sino el gratísimo recuerdo de un día que ni ella ni yo olvidaremos nunca.

A PEÑA Y GONI

San Sebastián y Diciembre á 19 de 1888.

DESDE EL BOULEVARD

Francia acaba de erigir una estatua al gran poeta Lamartine.

En Macon, en el corazón de la generosa tierra de Borgoña, se alza, mirando al cielo, la figura del sublime

escritor francés. Su patria le ha hecho justicia y el Estado se ha asociado, enviando un representante del gobierno á la inauguración del monumento, á esta revancha del espíritu contra la materia.

Se ha gastado—y aun malgastado—tanto bronce, de cincuenta años á esta parte, en perpetuar el nombre y la figura de soldados y hombres políticos, que es verdaderamente consolador y digno de elogio cada caso en que la generación presente consagra en forma sólida y tangible la gloria de un poeta, de un sabio ó de un artista, cuya figura y nombre se elevaban ya á la inmortalidad sobre el pedestal de sus obras ó de sus descubrimientos, cien veces más sólido que los más fuertes bronces y los más duros mármoles.

Cuando realiza uno de estos actos, la humanidad no honra al sabio, al artista ó al poeta, se honra á sí misma.

El político y el soldado perecerían casi siempre en la memoria de las gentes si sus contemporáneos ó sus partidarios no se ocuparan de reunir unos cuantos miles de reales alrededor de su tumba ó de su última derrota ministerial, para recordar á la posteridad olvidadiza que hubo un general que aniquiló un pueblo vecino ó ametralló unos millares de compatriotas que no pensaban como él, ó un primer ministro que manejó el tablero de la política con más habilidad ó más suerte que sus coetáneos.

Porque, no hay para qué decir que los héroes indiscutibles, como los estadistas que han puesto en la gran obra del progreso humano uno de sus más robustos pilares, se han erigido por su esfuerzo propio un monumento impercedero, como los otros. Han sido los artistas del valor, los sabios del poder.

Pero, en general, hay que convenir en que la posteridad es justa, y aceptar la teoría que con una simple frase nos dá hecha el canceller Kalnoky.

Un gran diplomático extranjero le hacía observaciones sobre su excesiva protección á Munkazi, una de las glorias de la pintura contemporánea, sorprendido de que tan gran político perdiera el tiempo ocupándose en artes.

—Se lo explicaré á usted, querido colega—replicó Kalnoky,—pero antes permítame usted una pregunta: ¿Quién era primer ministro en tiempo de Rafael?

El diplomático, hombre erudito por cierto, confesó que lo ignoraba.

—Ya lo vé usted. Más fácil es que un gran artista legue un nombre glorioso á su patria, que nosotros, pobres políticos, firmando alianzas para sostener la paz sobre puntas de bayonetas.

No han faltado espíritus estrechos que se hayan querido oponer á que Francia honre al autor de las *Meditaciones*. Su misma ciudad natal en lugar de sentirse orgullosa ha opuesto algunas dificultades.

¿Por qué?

¡Lamartine tenía deudas! Había vivido como poeta, llegaron al fin de su vida dificultades pecuniarias que entonces no se supieron perdonar y que por lo visto algunos no han perdonado aún.

Por tan pequeñas causas se han temido protestas en Macon—que felizmente no ha habido—y este temor ha hecho desistir á Mr. Carnot de consagrar con su presencia la representación del Estado en las fiestas de Lamartine y en lugar de ir ha enviado al coronel Chamoin.

¡Las deudas obstáculo para erigir un monumento!

Si esa teoría prevaleciera, en España habría que perder la esperanza de ver una estatua en toda la Península.

Pocas *premieres* han despertado tanta curiosidad é interés como el estreno de *Cleopatra*, drama de V. Sardou y E. Moreau, y aun dicen que de otro colaborador anónimo que goza de gran consideración en los círculos dramáticos.

Y en verdad que aparte del reclamo que de la obra se ha hecho, había motivos para tal curiosidad.

Obra escrita para Sarah Bernhardt por el más hábil autor dramático francés, que á la justa fama de dramaturgo une la no menos justa de conoecedor sin igual de los resortes del efectismo y de incomparable *metteur en scène*. Un personaje que se prestaba á una de esas creaciones de verdadera sensación de que Sarah nos ha dado muestra principalmente en las últimas obras del mismo género y del mismo autor, *Teodora* y la *Tosca*. Un director como Mr. Duquesnel, que sabe como nadie presentar estos espectáculos, con tal lujo de verdad histórica que toman las proporciones de verdaderas reconstituciones arqueológicas, y el anuncio de que este director y tal autor y tamaño actriz se iban á *achicar á sí mismos* al presentar al público la interesante heroína que supo hacer perder á Marco Antonio el imperio del mundo; todos estos elementos, con más el aliciente de que Sarah abrigaba en su pecho desde hace dos meses la víbora viva que la había de matar al fin del drama, eran motivos sobrados para

excitar la curiosidad de público tan curioso como este.

A 500 francos llegaron á pagarse las butacas para el estreno, y á 1000 francos se pagaron los palcos.

Y esta curiosidad no solo había invadido á París, sino que, extendiéndose por toda Francia, saltó las fronteras, y, no ya solo en periódicos de España, como mis lectores habrán visto, sino en los de toda Europa se ha hablado durante la pasada semana de la *Cleopatra* de Sardou.

Si yo fuera á hacer aquí una descripción de la obra, analizando el drama, procurando dar una idea de cómo la actriz ha interpretado tan interesante y difícil personaje, y deteniéndome á describir los efectos escénicos con que el director del teatro de la Puerta de San Martín ha deslumbrado la vista de los espectadores, á buen seguro que ocuparía doble espacio del que razonablemente puede ocupar esta crónica.

Tengo, pues, que dar en resumen mi impresión de este estreno, y la voy á dar en dos palabras:

Un fiasco y un éxito.

Un fiasco que dará más de cien representaciones, un dineral á la empresa del teatro y otro dineral á los autores. Como seguramente unos y otros se proponían esto en primer lugar, sus propósitos por este lado son un éxito.

Para la actriz, la obra ha sido motivo de demostrar una vez más que no se puede tener más talento que Sarah Bernhardt. El tercer acto de *Cleopatra*, que casi pudiéramos llamar monólogo, deja de la artista una impresión de esas que es difícil borrar. Por este lado sigue el éxito.

Para el director no puede haber más que aplausos. No se puede hacer más ni mejor. Decoraciones preciosas, trajes lujosos y de una verdad indiscutible: la nave en que se presenta *Cleopatra* en el primer acto es una verdadera maravilla y se ajusta con la más escrupulosa verdad á las descripciones clásicas. Exito para el director, para los pintores, para el sastre y para las bailarinas y los comparsas.

El *aspid de veras* ha despertado de tal manera el interés del público, que los espectadores han prestado más atención á su modo de deslizarse por el cuello de Sarah y ocultarse luego en su pecho, bajo los pliegues de la túnica, que á la hermosa y artística muerte de *Cleopatra*. Luchar con Sarah Bernhardt en una situación trágica y apoderarse del interés del público, ¿puede pedirse mayor éxito para el *bichito*?

Pues ¿dónde está el fiasco?, dirán mis lectores.

En el drama.

Sea la preocupación excesiva de la *mise en scene*, sea el haberse querido ajustar demasiado á la verdad histórica, sea lo que fuere—que no es mi propósito tomar ó darme yo mismo la alternativa de crítico,—el drama no interesa, el drama no parece. Todo el interés del espectador se concentra en el tercer acto; y allí se han concentrado también las verdaderas bellezas de situación y de forma. Antes y después de ese acto sólo se recrea la vista; el espíritu está ocioso, y nada aburre tanto como la ociosidad. El fiasco es, pues, para el drama y para el dramaturgo.

Sardou ha leído el sábado al comité del teatro francés su drama *Thermidor*, que será uno de los acontecimientos literarios del año.

El hombre *du metier* ha trabajado en *Cleopatra* por el dinero. Seguramente el académico y el autor dramático habrán trabajado en *Thermidor* por la gloria. Y si Sardou ha acertado en *Thermidor*, como suele, tendrá gloria y dinero; miel sobre hojuelas.

Los demás teatros de París continúan preparando las novedades de la temporada: ó explotando las estrenadas con mayor ó menor fortuna.

El Gymnase, cuyo director sabe como nadie hacer alcanzar á obras que, en otro teatro pasarían punto menos que inadvertidas, centenares de representaciones, y que siempre reúne en su *troupe* las actrices más bonitas de París y las que imponen la moda con sus lujosas *toilettes*, sigue llenándose todas las noches con *El arte de enganar á las mujeres*, comedia que toca en los límites del género bufo y que, sin un actor tan finamente cómico como Noble, hubiera naufragado, á pesar de ofrecer el atractivo de ofrecernos á Margarita Ugalde, la *estrella* de ópera transformada en actriz de *vauville*.

El Palais-Royal, fiel al género que allí suele cultivarse, nos ha dado *Las mujeres de los amigos*—¡que ya es dar!—y cuyo solo título me escusa de indicar lo escabroso del asunto y de las situaciones.

El Vaudeville con el estreno y el éxito del *Diputado Leveau*, comedia de Lemaitre, uno de los más estimados críticos parisienses, ha puesto sobre el tapete la difícil cuestión de si los críticos deben ó no escribir para el teatro.

Realmente, cuando se hacen comedias como el *Diputado Leveau* y críticas como las que suele escribir Lemaitre, la cuestión está resuelta.

Pero el teatro es un terreno en que todavía no se ha dado el caso de tal.

(1) De la obra en preparación «La pelota y los pelotaris».

libilidad. El día en que el crítico-autor se equivoque, ha perdido toda su autoridad para juzgar a los demás. Entonces, lealmente, debe dejar la crítica para seguir escribiendo comedias; un juez que ha faltado no puede ya ser justo; ó será excesivamente indulgente ó apasionadamente severo.

Por eso los que han sido muy frecuentemente silbados son siempre los críticos más despiadados; les pasa lo que a los viejos que no se conforman con haber perdido la gracia y las fuerzas juveniles, todos los actos de los jóvenes les parecen censurables é imperdonables.

Ai paso que vamos, no está lejano el tiempo en que se compré todo mecánicamente y se puedan suprimir los criados. Esos *enemigos pagados*, como hay quien los llama, con más ó menos razón, porque si no faltan en todas partes Higiniás y Claudias, también se dan casos como el que recientemente se ha presentado en Ronen, donde el premio mayor de 250000 francos de los bonos de Panamá ha tocado en suerte á dos criados, marido y mujer, que llevaban diecinueve años sirviendo á los mismos amos, sin que éstos hubieran tenido queja de ellos un solo día.

El caso es bastante notable para consignarlo y reconocer que la fortuna al otorgarles sus dones no ha sido tan ciega como la pintan.

Pero hay algo más notable aún, y es que, al felicitar sus amos á estas moscas blancas del servicio, expresáronles lo que les preocupaba el encontrar servidores que pudieran reemplazarlos.

—No se apuren ustedes,—respondió sencillamente el honrado sirviente— ni mi mujer ni yo podemos olvidar lo buenos que han sido ustedes con nosotros durante diecinueve años. Hasta que encuentren otros, yo seguiré llenando mis funciones de ayuda de cámara y mi mujer las de cocinera. Y tómense el tiempo que necesiten; lo mismo que sea un mes, como si fuese un año.

Creo que lo mejor que podrán hacer esos señores será ponerse á servir á sus antiguos criados, hoy cuatro veces más ricos que ellos. Les será más fácil que hallar otros que los reemplacen dignamente.

Si es que no se sirven solos, porque como decía, las máquinas nos van haciendo inútil todo servicio personal.

A cada paso encontramos por esas calles columnas en las cuales, metiendo una moneda, sirven un frasco de perfumes, papel de fumar, periódicos, dulces y hasta agua ó vino calientes y cerveza y refrescos.

En casi todos los teatros hay ya en las butacas un aparatito, del cual, echando medio franco, sale un par de gemelos para toda la representación.

Las casas modernas, con sus grifos de agua fría y caliente, sus botones para luz eléctrica ó gas, su teléfono, sus chimeneas de gas y otros mil servicios, van haciendo inútil el tener criados.

Pero los americanos han llegado á más.

En Boston se han establecido por las calles unas columnas en las cuales dice:

«Eche usted diez céntimos y le guardaré el caballo.»

Se echa la moneda y en seguida asoman dos manos de hierro, en las cuales se ponen las riendas, que aquellos dedos sujetan fuertemente.

Al volver, el letrero ha cambiado, y dice:

«Eche usted veinte céntimos y soltaré el caballo.»

Parece que á pesar de la segunda parte, este ingenioso *savadinero* es muy apreciado por los corredores de comercio de Boston, cuya mayoría recorre la plaza á caballo.

Este sistema de la venta automática me recuerda lo que había descubierto un comerciante de feria de los arrabales de París.

Para atraer al público á una exhibición de vistas cosmográficas, se le había ocurrido poner el cristal de aumento en el pecho de un enorme muñeco, sobre cuyo ojo derecho, hendido por una estrecha abertura, se leía:

«¡Métame usted diez céntimos en el ojo y verá usted!...»

El negocio no le resultó.

El público tomó el letrero por una broma pesada y temió no volver á ver los diez céntimos y recibir un cachete del muñeco.

R. BLASCO.

París 31 octubre 1890.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Una indemnización matrimonial.—Sarasate en Londres.—Opera italiana.—La general Booth y el Ejército de Salvación.—Un suegro ohasqueado.—La corte y Gladstone.—Stanley doctor en leyes.

Mi querido director: Pocos asuntos frece la actualidad política, por estar todo el interés concentrado en la fuga de los diputados irlandeses O'Brien y Dillon, asunto de que el telégrafo y la prensa han dado extensa cuenta.

En el orden judicial sigue despertando cada día mayor curiosidad el proceso entablado contra el propietario del famoso periódico casamentero *Matrimonial News*, mister Leslie Trazer Duncan, por miss Glays Knowles, joven hermosísima de veintinueve años, perfectamente educada, sobrina de un almirante de la armada inglesa y huérfana de padre; pero pobre, á pesar de todas sus bellas cualidades.

Las del viejo sexagenario Duncan no eran, ciertamente, belleza, juventud y sentimientos levantados, sino meramente estar bien conservado para su edad y poseer el periódico que le producía, el año que menos, 1500 libras, y el que más 3000, otras 10000 en valores del Estado, varias casas en Londres y una magnífica quinta.

Por estos méritos había conseguido ser aceptado como novio de la joven; pero á última hora el viejo se descubrió: se vió que era un zorro viejo, un libertino que había seducido cuatro ó cinco jóvenes, apelando á deslumbrarlas con la oferta del matrimonio, abandonándolas, después de no casarse, con el fruto de sus amores.

El viejo prometía mucho, eso sí, pero cumplía poco. ¡Dos mil libras para alfileres y una renta vitalicia, en caso de viudedad, de 4000 libras!

Pero miss Glays, nueva Lucrecia, ha vengado á las demás pobres reducidas.

Entabló ésta contra Duncan su demanda por lo que aquí se llama *Breach of promise* (ruptura de palabra de casamiento), y el jurado ha sido tan espléndido, que ha condenado á Duncan á pagar una friolera: ¡Diez mil libras esterlinas de indemnización! ¡Un milloncito de reales!

Ya se ha verificado el primer concierto de los tres que Sarasate va á dar en Londres, en Saint-James 's Stall, este otoño. El segundo se verificará el 3 de noviembre, y el tercero el día 5 de diciembre. Durante este tiempo hará una excursión por las principales poblaciones del reino unido hasta dar unos 20 conciertos más. Los que lleva dados hasta hoy se elevan á la respetable cantidad de 1044, y aún no ha cumplido Sarasate cincuenta años, ni los cumplirá hasta que trascurran cuatro más. Para cuando llegue ese caso veremos maravillas en esta tierra, que es la tierra clásica del *jubiléo*.

Volviendo al concierto último dirá usted que nuestro eminente compatriota alcanzó uno de sus habituales triunfos.

Después de los conciertos de Bernard y Max-Bruch tocó una fantasía sobre la marcha y romanza del *Otello*, de Rossini, que produjo una verdadera explosión.

La *season* de otoño del teatro de ópera italiana que ha contratado nuestro compatriota el maestro Lago, se ha inaugurado bajo favorables auspicios. El teatro estaba lleno de bote en bote. En los palcos se veía mucha gente de la aristocracia.

A pesar de que la empresa ha abolido la costumbre de ser de rigor el frac y la corbata blanca para asistir á las butacas, han sido pocos los que han hecho uso de la autorización.

La ópera cantada ha sido *Aida*, y, según la opinión general, lo ha sido como no se ha cantado mejor. La cantante Sofia Ravogli (*Aida*) y Julia Ravogli (Princesa Amneris), como artistas y como cantantes han rayado á gran altura. Otro día hablaremos de ellas más despacio.

El entierro de la generala Booth, mujer del jefe del Ejército de Salvación, ha sido uno de esos acontecimientos que es preciso haber presenciado para no creerlos exagerados. A pesar de lo despacible del día y de la densa niebla que envolvió á Londres á la hora de la ceremonia, desde las nueve de la mañana empezaron á reunirse en Blackfriars y el Embarkment gran número de curiosos y cuantos iban á tomar parte en el funeral. Oficiales de todas las graduaciones del Ejército de Salvación de Londres y de todas las provincias del Reino Unido iban llegando en los trenes especiales destinados á venir á la ceremonia desde provincias. Las ventanas y tejados de las casas inmediatas al cuartel general del ejército estaban cuajadas de espectadores. La procesion constaba de 15 batallones, compuesto cada batallón de cuatro brigadas, por el orden siguiente: Los capitanes iban juntos con los tenientes y subtenientes, y las capitanas, incluidas las mujeres de los capitanes y las subtenientes. Los oficiales representando varios batallones de provincias ascendían á 4500, además de los delegados representando al ejército del Reino Unido, Australia, América, Sur de Africa, Francia, Bélgica, Suiza, Ceilán y otros varios puntos.

Rompian la marcha varios batallones de cadetes con jerseys encarnados, llevando las banderas arrolladas de los cueros del Estado mayor de la Gran Bretaña. Después la vanguardia de los representantes extranjeros, con las banderas desplegadas de las dife-

rentes naciones que ocupa el Ejército de Salvación, y á éstos seguían los oficiales de la reforma social, enseñadas de ambos sexos, mujeres de los comisionados, colonistas, mayores y oficiales divisionistas.

El cortejo fúnebre iba detrás, presidido por el coronel Ziggins. En la cañera de cañon, en forma de carro fúnebre, que iba precedida por la banda militar, se había colocado el sombrero y la Biblia, que usaba en vida mister Booth. Alrededor iban las banderas de todos los regimientos en que el ejército está establecido. Detrás iba el jefe y el comandante á caballo.

En el primer carruaje iba sentado el general Booth. El segundo carruaje iba ocupado por la mariscal y field comisario Mr. Booth Tucker (hija mayor del general, casada con Mr. Tucker), miss Lucy Booth y Mary Booth, hijas del general, y en el tercero mister Bramwell Booth y Mr. Herbert Booth.

Seguían el comisario Booth Clibborn y el comandante Booth Tucker, á caballo.

El cuarto coche iba ocupado por el nieto mayor del general. En el pescante de este carruaje un oficial llevaba una bandera de los Estados Unidos, representados por el comandante y Mr. Ballington Booth, que no han tenido tiempo para llegar á la ceremonia por retraso al cruzar el Atlántico.

En el quinto carruaje iban las enfermeras y criados del jefe del ejército.

Acompañaban al cortejo fúnebre 15 banderas militares tocando un aire compuesto especialmente para la ceremonia por Mr. Herbert Booth.

El número de banderas ha sido extraordinario, con inscripciones tales como *Pris para nosotros una madre, Más que un conquistador*, etc.

La escena en la calle *Queen Victoria* fué de confusión indescriptible y excitación. Los restos mortales de mister Booth fueron llevados al cuartel internacional del ejército, que está situado en la dicha calle. La traslación había tenido lugar durante la noche y allí el general Booth y su familia se unieron á la procesion que había partido desde el Embarkment, pocos cientos de yardas más allá.

Muchas de las banderas militares fueron arrolladas á gran distancia por el ímpetu de los espectadores.

Tan pronto como se colocó el féretro se restableció el orden y la generalidad de los espectadores se quitaron el sombrero.

El general Booth fué muy vitoreado por la multitud al subir al carruaje, seguido de Mrs. Bramwell Booth, el jefe, y el comandante Mr. Herbert Booth, á caballo.

Algunas escenas poco á propósito para un funeral excitaron la hilaridad de los espectadores que no eran del ejército. Nos referimos á la danza del tamboril, tocado por un árabe, vestido con jaique y turbante.

La afluencia de gente fué tal, que en la City, por ejemplo, se tuvo que suspender el tránsito de carruajes y gente de á pié durante el tránsito del cortejo.

La fosa estaba abierta en el centro de una plataforma espaciosa, alrededor de la cual se había levantado una galería para la colocación de los invitados por medio de billetes.

Alrededor del cerco, soldados del ejército salvacionista ocuparon el tiempo cantando.

Al llegar la procesion, el féretro fué llevado á la fosa por una comision elegida entre la oficialidad, seguida del general Booth y su familia.

Las banderas se colocaron á la derecha, fuera del círculo. Empezó el servicio fúnebre al son de trompeta. A una plegaria silenciosa siguió el canto de un himno «Rock of ages» (La roca de los siglos), varios coros y solos y la lectura por el general del oficio de difuntos de la Escritura.

En cuanto al general Booth, cuya reciente desgracia le ha proporcionado la oportunidad de hacer un alarde de su prestigio, ha logrado llamar poderosamente la atencion con su llamado manifiesto-programa.

Con un millon de libras tiene él bastante para operar la regeneracion de Inglaterra, limpiándola de pobres, de mendigos y hasta de borrachos, y á la verdad que si llega á convencer al pueblo inglés que es capaz de hacerlo, por rara que la cosa parezca, es seguro que tendrá su millon de libras.

La idea del general es comprar en los alrededores de Londres, cerca del Támesis, por lejos de ciudades ó aldeas, mil acres (cada acre mide 8000 varas cuadradas) y establecer en ellas una colonia análoga á las que existen en el Far West de América. Los colonos edificarían sus propias viviendas y cultivarían los campos; los únicos salarios que habría que pagar serían los de los encargados de dirigir los primeros trabajos. Los beneficios de la explotación ingresarían en la comunidad, cuyos miembros no podrían exigir más que su manutencion, habitacion y vestido. En cuanto alguno de entre ellos demostrase habilidad excepcional, se le enviaría á Ultramar para fundar colonias análogas. El plan es vasto, pues alcanza á entender, agregando varios cueros, entre otros el de una brigada de las uer-

tas de los presidios, para recoger á los licenciados que salen de ellos y darles trabajo. Hay algo también para redencion de las mujeres de mal vivir.

En fin, el bueno del general sabe herir mejor las fibras del pueblo en que vive, que el ex-famoso de la revancha, á quien los periódicos ingleses tratan ya sin piedad.

El noble lord Clancarty ha tenido el disgusto de que su primogénito, lord Dunlo, se case con una actriz llamada Belle Bilton, de quien se enamoró perdidamente.

El suegro juró demostrar que su oposicion era fundada, y para ello, desde el primer día, sometió á su nuera á un espionaje minucioso, empleando agentes privados que noche y día la celaban.

Durante el primer mes la actriz observó una conducta ejemplar; pero no así al segundo, que se quedó sola porque su marido tuvo que hacer un viaje á Australia por disposicion del padre, no pudiendo seguirle su mujer por tener que cumplir en un teatro donde estaba ajustada.

En cuanto lady Dunlo se quedó sola, empezó á coquetear con un agraciado joven; pero sus coquetearías fueron siempre meros galanteos delante de gente, porque nunca se veian de otro modo.

De la noche á la mañana la actriz desapareció de Londres, y el duque supo al día siguiente, merced á un telegrama que le envió desde París un agente oficioso, que lady Dunlo y el joven en cuestion vivian en un mismo hotel.

La alegría del suegro no tuvo límites y, loco de contento, entabló á su nuera demanda de divorcio, acusándola, como era consiguiente, de adulterio.

Pero ¡cuál no sería el desencanto del duque al saber que el jurado no había accedido á decretar el divorcio, por falta de pruebas!

Probó el duque que los amantes habían comido juntos; que ambos vivian en el mismo hotel, ¡hasta en el mismo piso! Pero ¡oh, dolor! La actriz había tenido una idea feliz: la de tomar un cuarto para ella, y su pretendido amante otro cuarto para él.

No habían cometido la candidez de tantos otros que, al abandonar el hogar doméstico, pasean sus amores titulándose marido y mujer, y por lo tanto, el jurado negó la peticion, condenando al pago de costas al suegro.

Una dama de la aristocracia inglesa, cuyo divorcio ha tenido lugar recientemente, dijo al saber el fallo del jurado:

—Parece mentira que una idea tan sencilla no se me ocurriese á mí! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces, no estaria yo hoy divorciada! Otras aprovecharán la ingeniosa idea de lady Dunlo.

Para colmo de desventura del chasqueado suegro, su hijo ha vuelto á los brazos de su esposa más loco de amor que antes, al ver purificada á su adorada mitad con un veredicto de inculpabilidad.

Mientras el jefe liberal hace su excursion de propaganda para ganar elecciones parciales, en que luchan contra los liberales los conservadores, la corte de Balmoral se entretiene tranquilamente en organizar sus cuadros vivos, que es la pasion favorita de la princesa Beatriz. Uno de los últimos representados era el de lady Macbet. El duque de Clarence personificaba al desgraciado Duncan (el primitivo, no el del *Matrimonial News*), la princesa Victoria de Gales «una gran dama», y «un campo árabe», en que los protagonistas eran la princesa Beatriz y su marido.

Se ha celebrado la ceremonia de recibir el grado de doctor honorario en leyes de la Universidad de Cambridge ha concedido á Stanley. El famoso explorador ha alcanzado una inmensa ovacion.

Londres 28 octubre de 1890.

B. DE OYA.

ROMA

San Santidad Leon XIII se encuentra en un estado de salud sumamente satisfactorio y aprovecha los hermosos días de otoño en dar largos paseos por los jardines del Vaticano. Ya han regresado casi todos los prelados de la corte pontificia que salieron este verano de Roma en uso de licencia.

La *Gaceta Oficial* ha declarado disuelta la Cámara, marcando las fechas de 23 y 30 de noviembre para las nuevas elecciones generales. El Senado y la Cámara de diputados están convocados para su apertura en 10 de diciembre.

La batalla electoral ha de ser, sin duda, muy reñida en toda Italia. Ase-

gurase que en el Piemonte, Toscana, Venecia, Italia central y parte de la meridional triunfarán candidatos adictos. En las circunscripciones restantes del Mediodía acaso venzan las oposiciones guiadas por los Sres. Nicotera é Imbriani.

Empieza el período de discursos y profesiones de fe política.

Se ha inaugurado hace pocos días un hilo telefónico entre Roma y Albano, que distan 32 kilómetros, ó sea un circuito de 64 kilómetros de corriente eléctrica.

Es la primera aplicacion que se ha hecho del teléfono á gran distancia. La voz se percibe clara y distintamente, y se trasmite la corriente por un hilo de bronce preparado con una combinacion fosfórica que da al alambre gran fuerza conductiva, impidiendo la influencia de otros hilos eléctricos.

Este experimento, practicado con gran éxito, hace concebir la esperanza de que, en fecha no muy lejana, el servicio telefónico sustituirá con ventaja al telegráfico y al postal, operando una gran transformacion en la prensa periódica.

El ministro de Instrucción pública ha visitado en Roma el estudio del célebre escultor Ansigliani, con objeto de ver la grandiosa estatua de San Pablo, que por encargo del gobierno italiano se halla esculpiendo el mencionado artista. La efigie es de mármol de Carrara y de una talla colosal, pues mide más de cinco metros de altura. Será colocada en una hornacina de la nueva fachada de la iglesia de San Pablo, extramuros de Roma, cuyo templo ha sido declarado monumento nacional.

La opinion se halla tristemente impresionada con motivo de la pérdida del torpedero *Confianza*, por ser el primer barco de guerra italiano perdido en una borrasca.

Acerca de este desastre circulan varias versiones: unos creen que pudiera ser responsable de la pérdida del torpedero y de las averías del resto de la escuadra el contralmirante que le mandaba, mientras otros opinan que la violencia con que se desencadenó la tempestad impidió adoptar medida alguna de salvamento.

Entre las víctimas del siniestro se cuenta el capitán de fragata señor Razzetti, que mandaba el torpedero *Confianza*. En la campaña contra el Austria en 1866 dió muestras este valiente marino de un arrojo casi temerario, citándose de él muchos rasgos que así lo confirman.

VIENA

Ahora que empieza el prólogo del invierno con sus acostumbradas lluvias y ventiscas de nieve que convierten las calles de Viena en lodazales, es cuando los conductores de los tranvías se han declarado en huelga. El momento no puede ser más oportuno para los conductores. En el espacio de un año se ha reproducido la huelga dos veces, no obstante haber obtenido los automedontes las concesiones que apetecian.

Vuelve á presentarse aquí sobre el tapete la cuestion de la capacidad de las mujeres para ser electoras. En la Styria se han presentado varias damas en las oficinas electorales reclamando su derecho á votar. Realmente, no hay ley alguna en Austria que prohíba á la mujer emitir su sufragio en los comicios y ecco el problema. Después de todo, de ser electora á ser elegible hay gran distancia, por fortuna, para el género masculino, que andará los tiempos, y según el sistema de las electoras austriacas, habrá de resparar la ropa en casa mientras las señoras defienden dictámenes y presentan enmiendas en las Cámaras.

NUEVA YORK.

Varios asuntos españoles llaman hoy la atencion en esta capital.

La señorita Carolina Otero, la hermosa bailarina española que tanto entusiasmo despertó entre los concurrentes al «Eden Musée», obsequió recientemente á sus numerosos amigos y á la prensa con un espléndido banquete en salon principal del aristocrático restaurant «Delmónico». Amenizó el acto con sus acordes la orquesta húngara de Erdelyi Naczi.

Más de cincuenta personas se sentaron á la mesa, dispuesta con arte esquisito, y después de participar de sencillos manjares y vinos sabrosos, se pronunciaron inspirados brindis en español, inglés y francés. La señorita Otero se hizo aplaudir en un felicísimo brindis en su nativa lengua castellana. Terminada la cena pasaron los comensales á otro salon, en el cual con-

acompañamiento de piano y banderías cantó y bailó la hermosa *hostess*, con evidente delectación de los concurrentes, quienes no se cansaban de aplaudirla.

La fiesta se prolongó hasta las cuatro de la mañana y dejó agradableísimo y duradero recuerdo en el ánimo de los concurrentes.

Citaremos entre estos al señor conde Kessler; el Sr. Keller, presidente del Club Tenderloin; los representantes de varios periódicos, entre ellos Mr. Joseph Keppler, propietario del semanario *Puck*; Mr. Theodore Hellman, Mr. A. Pagenstelker, y otras personas distinguidas.

El *Herald* ha publicado un artículo sobre costumbres sevillanas y sobre el baile español, firmado por la señorita Otero.

Hace aproximadamente un año, los periódicos de París cantaban, en armónico coro, las alabanzas de una bella hija de Andalucía, cuyos artísticos y agraciados bailes eran recibidos con entusiasmo por la selecta concurrencia que llenaba todas las noches el Circo de Invierno, donde a la sazón se verificaban unas brillantísimas fiestas españolas. La sílfide que de tal modo arrobaba los corazones y convertía en prisioneros de sus alabanzas a los críticos de los periódicos era la joven sevillana Rosita Tejero, a cuyo nacimiento se diría que han asistido las hadas derramando sobre su cuna las perfumadas flores de todos los encantos.

Nueva York alberga hoy en su seno a esta agraciada artista, que durante la representación del drama histórico y de gran espectáculo *Claudio Nerón*, me dá á conocer en tres bailes hasta ahora no vistos de aquel público, *Los caracoles*, *La manola y el Oti*, *mi cura*.

Rosita Tejero, tierno pimpollo que no abandona el calor materno, es ante todo y exclusivamente una artista, sin otra historia que la de sus ruidosos y legítimos triunfos en la escena ni otra ambición que la de continuarlos. Así lo hace constar el *Herald* en un extenso artículo que le dedica, acompañado de excelentes grabados representativos de la juvenil bailarina, en castizo traje andaluz que hace resaltar sus naturales encantos.

La representación del drama *Claudio Nerón*, no estrenado aun á la salida del último correo, ha sido preparada sin omitir gasto, y se anuncia que ha de causar sensación en el público por la suntuosidad de la *mise en scene*. Una de las particularidades más notables será la aparición de unos leones domesticados que han sido importados expresamente de Europa, y que han de arrastrar la carroza triunfal de Nerón, el protagonista de la obra.

Brillante y numeroso concurso acudió al Chickering Hall para escuchar al pianista español D. Aurelio Cernelos, que en combinación con la prima donna señora Alhaiza y otros artistas, inauguró una larga serie de conciertos bajo la dirección del señor de Vivo.

La señora Alhaiza mereció muchos aplausos por su vocalización brillante de que dió muestras interpretando la gran ária de la locura de la ópera *Hamlet* y bellísima romanza española *La bella florista*, compuesta por el Sr. Cernelos.

Cuanto á éste, confirmó la opinión de artista superior, animado por el fuego sagrado de la inspiración y poseedor en alto grado de las cualidades técnicas que adornan á los grandes pianistas.

El Sr. Cernelos interpretó con esquisito gusto y maestría un concierto de Hertz, una gavota de Bach, y varios números compuestos por él mismo, todo lo cual fué recompensado con ruidosas manifestaciones de aprobación por el inteligente público que llenaba la sala.

En la segunda audición, la señora Alhaiza cantó admirablemente un ária de *La Sonnambula*, arrancando justos y merecidos aplausos; y el Sr. Cernelos interpretó magistralmente la difícil música de Chopin, y tocó como él sabe hacerlo, varias piezas suyas.

Evidentemente los laureles conquistados por el notable pianista español en Europa y en Cuba, reverdecen ante el público norte-americano.

Los críticos hacen grandes y justos elogios del Sr. Cernelos.

UN APAREJO REDONDO

Vayan con dos mil demonios los años que aún vivir tongo, si en brazos de una real hembra no han de correr placonteros. ¡La gloria! ¡Buena es la gloria para almas de canto y yeso! Bueno es el oro, y el vino, y el supremo poder, bueno. Pero dónde en este mundo, ni en el otro, hay más inmenso placer, que el placer sin límites de un amor loco, frenético? ¡De un amor que haga cruje entre los brazos los huesos, y en que heros y palabras salgan del labio revuelto! Si amar es sufrir, suframos; si es morir, la muerte anhalo;

si es dar el alma al demonio, suyos son mi alma y mi cuerpo.

Pero es mentira: en sus alas el amor nos lleva al cielo: sólo en el amor la gloria comprender de Dios podemos.

Yo en la mujer, por lo mismo miro á Dios, y á Dios venero, y la traigo en mis entrañas, y en lo más hondo del pecho. Mas no de sedas vestida.

de encajes ni terciopelos, va la mujer que hoy me roba alma, vida y pensamiento.

Que es una moza de á veinte, alta, de color triguño; muy redonda de caderas, muy levantada de pecho;

Con pelo negro y sedoso; y con dos ojos de fuego, donde encienden sus cigarrillos cuando pasan junto á ellos.

Y es, en fin, una real moza de las que apellida el pueblo un *aparejo redondo*.

¡Y qué soberbio aparejo!

Sentada estaba á la puerta de un ventorrillo, comiendo y bailando, y repicando por castañuelas los dedos;

Cuando una tarde la vi junto al puente de Toledo, dando tormento á los hombres y envidia á los mismos cielos.

Verla y quedarme prendado de sus gracias, fué un momento que es el amor trabucazo que pega del alma en medio.

Y si el tiro lo disparan dos ojos traidores, negros, cuando con piedad no miran, dejan al herido muerto.

Muerto quedé; pero á dar me vida nueva y nuevo aliento vinieron sus dulces ojos, más que su lengua, parleros.

Y desde entonces la busco, y soy feliz si la encuentro, y por donde va la siga, y por verla lloro y muero.

¡Qué vale una ilustre dama de carmin cargada y yeso; con algodones por carnes; con puñales en los huesos;

Pintada como retablo; por solfa hablando y riendo; y que al dar su amor parece que lo mide y lo dá al peso;

Si á compararla me pongo con el cuerpo retrechero, y con el alma y las gracias de mi redondo aparejo!

Sin más adobos que el agua que dan la fuente y el cielo; por todo adorno llevando una rosa en sus cabellos;

Fresca, limpia y colorada, salud y gozo vertiendo, y amándome á puñetazos, y devorándome á besos,

Tiene la prenda que adoro, pura el alma y sano el cuerpo; y en mi los cinco sentidos con que me idolatra puestos,

Por esto yo con fatigas negras la quiero y requiero, y la retequero, ¡andando! porque me lo pide el pecho.

Busquen otros los salones donde se chapurra el griego, donde se come con guantes y á donde se asiste en cueros;

Y déjenme á mi la casa cerquita del Mundo Nuevo, donde la moza garbosa que me abraza con su aliento,

Saca de las entretelas de su corsé un dulce seco, y lo parte con sus dientes, y me dá, y se come medio.

Busquen otros esas aves de menos carne que pelo, divinidades por fuera y estatuas solo por dentro;

Que á mi me gustan las mozas que al respirar echen fuego; y al abrazar, crujir hagan entre los brazos los huesos.

1864. MANUEL M. DE SANTA ANA.

JUSTICIA SECA

Un filósofo amigo de los niños y, por consiguiente, amigo mio, que tambien soy criatura, aunque mayor, ha pasado lo mejor de su vida desafiando entuertos y procurando convertir prójimos á la moral austera y á la justicia seca.

Es una monomanía respetable en tanto que no llega á ser ofensiva.

En cuanto vé en la calle una riña, ya está en medio de los combatientes, interponiendo sus razones y echando moral por boca y narices, como dicen las gentes del *burgo*.

Suele acontecer que los combatientes, sin reparar en obstáculos ni en filósofos, descarguen sobre el mediador algun golpe.

El se le guarda ó concluye su misión emprendiendo á porrazos con uno y otro.

Así es que visita las casas de socorro y las prevenciones con harta frecuencia.

Tiene abono en unas y en otras, y ya le conocen y aun le tratan y no le maltratan los dependientes y funcionarios de la caridad y del orden.

Que un marido se excede de sus derechos con su esposa legítima ó apócrifa:

Allá vá mi amigo sin que nadie le llame.

Que dos perros se acaloran y se pelean en la vía pública:

El es el pacificador temerario de los dos rivales.

Esta serie de aventuras peligrosas le proporciona una vida de agitación y de disgustos que pocas hombres padeceran soportar.

Pero él goza cumpliendo, como dice, con los deberes de hombre de bien.

En juicios de faltas se presta á servir de hombre bueno, sin estipendio ni interés alguno.

Si alguien necesita un testigo, es él quien se compromete á todo.

Si alguien necesita un dero... no se le dá, pero tampoco se compromete á buscarle.

Está dentro de su programa moral la condición de no dar dinero.

Sostiene que es una inmoralidad prestar dinero y cumple sus propósitos y justifica sus teorías con las prácticas.

Y si condena los empréstitos, aun más los donativos.

«Dar dinero es humillar á quien le recibe, y quedarse sin él.»

Esta segunda parte del aforismo es la más exacta.

Y, sin embargo, alguna vez ha realizado obras dignas de elogio y aun de imitación.

En cuanto vé que los del orden detienen á un *rata* en la calle, se aproxima, y con buenas maneras dice á los guardias:

—No le maltraten ustedes, porque, al fin, es un prójimo digno de compasión. El instinto del robo puede albergarse en un corazón de oro: el hombre no es ni debe ser responsable de su organización: nadie puede asegurar: «Ese reloj no tomaré.»

Y hay guardias que, si no le conocen, le llevan adjunto al *rata*; si le conocen, ya están en el secreto, y esplan al público que se aglomera en redor de ellos, y por señas, que él filósofo es uno que está de aquí: vamos, algo destornillado de juicio.

Pero en esa serie de aventuras, hay alguna que no deja de tener gracia.

—¡A ese! ¡a ese!—gritaban un día, pasando mi amigo por una calle céntrica.

Se detuvo y vió que iba corriendo como un galgo un hombre que parecía una sombra, mal amueblado, como la escena en algunas obras dramáticas, según indican los autores.

Detrás iba un individuo de blusa y alpargatas.

El segundo logró dar alcance al primero.

Este era un infeliz cesante y padre de familia, que no son cargos incompatibles, aunque lo parezcan.

El perseguidor era el dueño de un establecimiento de ultramarinos.

En cuanto logró pescar al fugitivo emprendió con él á golpes.

Pero al segundo mojicon se interpuso mi amigo y aun alcanzó un tercero.

Entonces se enteró de la causa de la agresión.

El cesante había hurtado un chorizo y un panecillo, y decía devolviéndolos:

—Ahí vá, soy un pobre padre de familia.

—¿Y aun quiere usted que le mantengamos los demás?—preguntaba el cruel tendero.

—Basta—dijo el filósofo.—¿Qué se debe?

—¿Cómo que se debe?

—Ese chorizo y ese panecillo.

—¡Ah! sesenta céntimos.

—Pues ahí vá, y dele usted otros dos chorizos. Vaya, tome usted.

El tendero obedeció y entregando al padre del chorizo, digo, al padre de familia, el comestible, dijo:

—Ahora estamos en paz.

—No—replicó el filósofo con gravedad.—Yo perdono la mia, pero usted—añadió dirigiéndose al padre sudoroso,—devuelva al señor las dos bofetadas.

—¿Eh?

No hay que decir que el público celebró con entusiasmo aquel juicio de sobras.

Pero se armó una de palos, que tambalaban los cristales de todos los balcones de la casa.

Mi amigo relataba esto como una de sus más hermosas aventuras.

EDUARDO DE PALACIO.

MOSAICO MADRILEÑO

El mes de Noviembre.—Problemas domésticos.—El globo cautivo.—Un poquito de teatros.

En vano sería que para no sentir la despidada marcha del tiempo hubiéramos encolado las hojas del calendario de pared y hecho pedazos el bolsillo. El frío sutil que por las noches se nota y que, procediendo del viento que ha viajado por el Gnadarrama penetra en Madrid, gracias al descenso de sus habitantes, que no acostumbran á cerrar la puerta de San Vicente; la caída de las hojas, que desnudando los árboles visten el suelo, recordándonos que ya es tiempo de ir pensando en la alfombra de la sala y la estera del pasillo; la tos que nos sorprende; el reuma que nos acecha; la estadística demográfica que acusa el desarrollo y término inminente de los males del aparato respiratorio; todas estas circunstancias habrían de bastar para advertirnos que media el otoño y que noviembre ha penetrado de rondón en Madrid, si otras circunstancias aún más gráficas no nos lo advirtieran.

Me refiero, como es de suponer, á la Conmemoración de los difuntos. al

atracon de bufñeos, que es el complemento inevitable de las fúnebres ceremonias, y á las representaciones escénicas del *Don Juan Tenorio*, pues sabido es que si los antiguos consagraron el mes de noviembre á Diana, nosotros se lo consagramos á nuestro vate legendario José Zorrilla y á la obra que mayores amarguras y mayores triunfos le ha proporcionado.

A estas horas, y según la costumbre, no ya madrileña, sino española, media docena de Tenorios, más ó menos torcidos, gangosos, contrahechos ó decrepitos, nos habrán repetido que no hay mujer capaz de resistirles,

desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca,

y habremos aprendido una vez más que, según la especialísima providencia teatral, el pobre comendador Ulloa, sin más culpa que el tener el ingenio un poco agrio y testarudo, es llevado al infierno, y el que se pasa la vida atropellando todo lo santo y digno y noble, se va al cielo en carne y hueso y en compañía de una buena moza, entre angelitos de yeso y flores de talco, gasas con lentejuelas y luces de bengala, mientras rascan los violines de la orquesta unos cuantos compases para acompañar el recitado del galán.

Noviembre es un mes nebuloso, frío y triste; acaso más triste que los del invierno que le siguen. Y no solo está reconocida esta verdad por los hombres, sino que los mismos irracionales la reconocen y proclaman.

¡Oh! si los grufones ejemplares de la raza de cerda pudieran expresar sus opiniones acerca del mes de noviembre...

Con la llegada del mes de noviembre coincide el planteamiento de numerosos problemas en las casas, problemas apremiantes, difíciles y que sólo suelen tener una incógnita: el dinero.

Este problema, que en las clases altas se plantea con la necesidad del nuevo carruaje ó el abono en el Real, se resuelve pronto, anticipando el consumo de la renta, mermando el capital ó haciendo una visita al Registro de la propiedad por esa continua evolución que va haciendo pasar todas las haciendas de la grandeza á manos más activas.

En las últimas capas sociales, el mismo problema se ha planteado bajo la forma de innumerables necesidades; pero se ha confiado su resolución en el porvenir, ya á la beneficencia pública, ya á la caridad privada.

En ambos extremos de la escala, el problema está ya resuelto ó ha sido declarado insoluble; pero á ninguna de ellas ha producido los disgustos y las amarguras que á la clase media.

El padre de familia ha hecho un violento esfuerzo en el mes anterior para pago de matrículas y adquisición de libros de texto; pero el frío le advierte que no basta atender á la educación de las generaciones futuras, sino que es preciso calentar interior y exteriormente los cuerpos de todos los demás individuos de la familia, y lo que es más grave, esterar las habitaciones, poner burletes en las juntas, y encender, en unas la chimenea de encina, en otras el clásico brasero de cisco, y en algunas la moderna estufa *Chouberski*.

La madre reclama, y con justicia, un abrigo que merezca este nombre y unas botas de lluvias; las niñas recuerdan que sus vestidos de lana no admiten más composturas ni arreglos y que el dueño del tinte las ha advertido que no hay tejido que tolere siete colores como los que han tenido ya aquellos trapos; se pasarán sin las *pelerinas* con que habían soñado; renunciarán al *boa*; pero á un abrigo, aunque modesto, no pueden renunciar. Por otra parte, esto debe ser muy barato, y no basta que el padre proteste, fundado en la falta de fondos, pues no dejarán de decirle:

—Pues las de A.... lucen muy buenos abrigos, y su padre es un pobre oficial del ramo de Loterías; las de B... no pierden estremo de teatro y en su casa no entra más suerdo que la virtud de su madre la coronela. ¿Pues y las de C...? Buenas eran ellas para llevar unos trajes como los nuestros, cuando parece que tienen un guardarropa mayor que el del Real... —Es que las de C... quiere el padre insinuar...

—Sí, ya sabemos lo que vas á decirnos; pero esas son calumnias. Y... ¿qué es el padre? Un tenedor de libros, al paso que tú...

—Sí, yo, por no tener, ni aún libros tengo.

—Pero eres un jefe de negociado.

—Que cobra sesenta duros al mes.

—¡Pues ya ves!

—Sí, ya veo que con ellos tenemos para no morirnos de sed. Por otra parte: Julianito necesita ropa tambien; el año antepasado se volvió su gabán lo de dentro afuera y el año pasado lo de arriba abajo... ¡Como no queráis que este año lo use de canto! El pobre Juan, como más pequeño, tiene menos exigencias; pero ya sabéis que el invierno último tuvo el dengue por no llevar más abrigo que la pelleja de la cama arrollada al cuerpo y sujeta por una chambra de su madre.

Y el pobre cabeza de familia se pa-

sa los días contando por los dedos y realizando los cálculos más atrevidos: para *estirar* el dinero, según dice con su pintoresco lenguaje la esposa, como si un duro pudiera tener en ningún caso más que cinco pesetas, con arreglo á la nueva ley monetaria ó veinte reales con arreglo á la antigua.

Drante el mes último, los habitantes de Madrid no miraban en dirección al Este sin ver elevado magestosamente en los aires un globo magnífico, desde cuya barquilla nos contemplaban de seguro, admirando nuestra pequeñez, algunos individuos que por algunas pesetas se propinaban el capricho de verificar la ascension.

El globo cautivo habia conseguido tener buen número de partidarios y la empresa explotadora parecia llamada á lograr bastantes rendimientos; pero si todas las grandezas son efímeras, mucho más debía serlo una que se fundaba en el aire. El globo cautivo prefirió á la esclavitud la muerte y estallando el gas que le llenaba, inflamado por causa desconocida, convirtió instantáneamente en pavesas la sólida tela que lo formaba.

Unos cuantos heridos y una empresa arruinada: hé aquí lo que del globo nos queda ya. La caridad del pueblo de Madrid es posible que remedie algo; pero creo que el fracaso nos privará en mucho tiempo de la posesion de otro globo, pues han de mirarse mucho los futuros empresarios antes de confiar su fortuna y sus esperanzas á unos pedazos de tela y algunos metros cúbicos de gas.

Simultáneamente han abierto al público madrileño sus puertas dos teatros de importancia: el Español y el de la Zarzuela.

En el primero se cultivará el alto drama; en el segundo el melodrama sentimental; en aquel veremos, arrancadas de la realidad, las hondas pasiones que nos agitan; en éste acompañaremos á la víctima en la prolongada serie de sus desventuras, con la seguridad de aplaudir al final el triunfo de la virtud. Desde que *Pipi* exclamaba ingenuamente en la obra *El Café*: «¿Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!» la masa general del público comparte la misma opinion, y yo la hago mia en todas sus partes. En el drama verdaderamente humano y moderno es más que posible que nos agarden impresiones por todo extremo desagradables, presenciando acaso la larga agonía y la muerte, llena de detalles de crudo realismo, del protagonista de la obra; en el melodrama podemos seguir tranquilamente las peripecias de la acción, sin que nos impresionen las malas artes del pícaro traidor, pues, como estamos en el secreto, sabemos que ya están los comparsas poniéndose los uniformes de gendarme, para apoderarse del causante de tantos daños y hacerle pagar sus innumerables fechorías. El drama tendrá indudablemente mayor número de entusiastas, cuyos gustos respeto; pero si la representación escénica ha de ser una ficción, aceptemos con preferencia la que es consoladora y nos ofrece útiles enseñanzas, antes que verdades amargas y humanas tristezas.

De desear es que ambas empresas obtengan el premio que por sus esfuerzos merecen y dejen tras de sí gratos recuerdos y alguna nueva obra que aumente y refresque el antiguo repertorio.

En los demás teatros la campaña no ha dado hasta la presente resultado alguno digno de mencion. Si no fuera por la compañía de Mariquita Alvarez Tuban, que nos ha presentado algunas buenas comedias del repertorio francés, y por el laudable esfuerzo de Emilio Mario en favor de la clásica producción española, y por darnos á conocer la comedia *La vieja ley*, podríamos creer que aún continuáramos en el verano, juzgando por el repertorio de los demás coliseos. Libre me Dios de fulminar censuras contra un género que el público aplaude y alienta, pues no tengo vocación de mártir ni misión crítica que llenar en estos apuntes: hago constar solamente que aun seguimos entregados á los títulos que en el último verano han hecho furor, acaso por presentarse sus chistes y situaciones con la lijereza paradisiaca anterior á la hoja de parrá.

Y es que, así como la humanidad sufre terribles epidemias y apenas termina el dengue cuando surte la viruela, y con la viruela simultáneamente ya el cólera y el tifus, en el mundo literario hay tambien sus epidemias. Hoy se registran casos, casi á diario, en los diferentes teatros de Madrid... y muchos de ellos son fulminantes y seguidos de muerte.

Esperemos confiadamente que con el tiempo surgirá algun nuevo Moratin, con alientos de que el antiguo carecia, para desinfectar y sanear los coliseos madrileños, aunque algunos de los actuales autores y actores tengan que buscar su sustento en el honrado ejercicio de la zapatería ó en las nobilísimas faenas de la labranza.

MOSCORIO Y BERNARD.